CORRUPCION: COMIENZO DEL FIN

III: EL RANCHO QUE RECHAZO LOPEZ PORTILLO

Por Mary Lou Dabdoub

Las aproximadamente 60 hectáreas del rancho *Guadalupe*, a 2 kilómetros del poblado de Tepoxtepec, municipio de Tenancingo, Méx., están en buena parte rodeadas de una alta barda pintada de blanco y una hilera de fragantes eucaliptos.

Cuando visité el lugar en septiembre pasado, un hombre y 2 mujeres con aspecto de campesinos retocaban la pintura de la barda. Hacía ya una semana que el presidente de la República había anunciado su decisión de no aceptar el obsequio de este rancho, y en cambio promover una ley que prohiba la aceptación de regalos

La gran tentación: Por primera vez un presidente renuncia públicamente a un obsequio millonario, movido por las reflexiones de una columna periodística.

valiosos por parte de funcionarios públicos, con el presidente a la cabeza. Pero los que pintaban la barda no estaban enterados, y me dijeron que el rancho era del presidente; que aparte de la casa principal, había en los terrenos varios bungalows completamente amueblados, y canchas de tenis, caballeriza, espejo de agua, cancha de golf e instalaciones para practicar diversos deportes. Añadieron que les parecía incorrecto que el presidente gozara de tantos lujos mientras los pobres de Tenancingo carecen hasta de agua.

DESILUSION

En cambio, el resto del pueblo —al menos, las decenas de personas de todos los niveles con quienes hablé— lamentaba el rechazo presidencial, porque ya se habían acostumbrado a la idea de tener a López Portillo como vecino. Una anciana y su hija, que viven en una casucha, casi frente a la entrada principal del rancho *Guadalupe*, dijeron que tener a un presidente o ex presidente por vecino no puede perjudicar a nadie sino más bien beneficiarlo: —Por otra parte, ni nosotras iríamos a molestar en su casa, ni él se metería en la nuestra —agregaron.

Tenancingo tenía motivos para desear que López Portillo se convirtiera en el más ilustre miembro de la comunidad: el pueblo sostiene un litigio con la vecina aldea de Santa Ana por el uso del agua de unos manantiales, y los tenancinguenses pensaban que con ayuda del presidente les sería más fácil derrotar a sus rivales. Hace meses, cuando se inició la disputa con los de Santa Ana, vecinos de Tenancingo telefonearon a Los Pinos para pedir la intervención presidencial, y un secretario les dijo que, como medida de emergencia y mientras Recursos Hidráulicos deshacía el entuerto, López Portillo los autorizaba a usar el agua de los pozos del rancho *Guadalupe* (cosa que los tenancinguenses no se atrevieron a hacer, porque les pareció irrespetuoso).

DE A CABALLO

López Portillo en persona se había encargado de ganarse la buena voluntad de los tenancinguenses. El acondicionamiento del rancho que pensaban regalarle tomó varios meses, durante los cuales el presidente (tal como él mismo relató en su carta de renuncia al regalo) hizo frecuentes visitas a la zona y recorrió a caballo los parajes aledaños. Durante los paseos se mostró siempre cordial y accesible. Dicen en Tenancingo que una vez vio a unos muchachos que jugaban futbol en una cancha casi anegada, y amistosamente les preguntó si lo que estaban disputando era un partido de water polo. En seguida les prometió mejorarles la cancha.

—Pero no se le vaya a olvidar la promesa —le dijeron los jovencitos cuando López Portillo se retiraba.

—Cuando prometo, siempre cumplo —les dijo el presidente. Y al otro día llegaron camiones con tierra para elevar el nivel de la cancha, y hasta obreros y materiales para construir tribunas.

En el pueblo me habían dicho que

el rancho estaba custodiado por policías y militares, pero resultó no ser cierto. El coronel Armando Enríquez Parra, jefe del destacamento militar de Tenancingo, informó que a él jamás le habían ordenado vigilar aquella propiedad. Otras fuentes dijeron que la custodia del lugar había estado a cargo de un destacamento al mando de un teniente coronel Pérez Gutiérrez y perteneciente al estado mayor presidencial. Pero el día de mi visita, a las puertas del rancho sólo había un velador, armado apenas de un silbato, quien cortésmente me explicó que esas tierras eran de propiedad privada y que no debía yo entrar sin permiso de los dueños, cuya identidad él desconocía. Me remitió con un ingeniero Oscar Quiroz, de la compañía constructora DEUR, con oficinas en Tenancingo y a cargo de las obras de remodelación del rancho por contrato

Tras la barda: Fernando Mendoza, ex dueño de los terrenos, dicen que él sólo le firmó un poder a un abogado y que no sabe quiénes compraron el rancho.

con una inmobilaria llamada RAMSA. Me dijeron que también han intervenido en las obras la *Constructora Ballesteros* y una compañía denominada DEIN, *Desarrollo Integral de Ingeniería.*

HISTORIA

En esos momentos, aunque el presidente ya había decidido rechazar el regalo, todavía seguían los trabajos en el rancho: no sólo se completaban las mejoras ya iniciadas sino que se proyectaban otras nuevas, como la construcción de un helipuerto y la de un estudio en lo alto del cerro Tepoxtepec (según dicen en Tenancingo, el presidente, para agrandar el rancho y prolongarlo hasta el cerro, había comprado de su bolsillo tierras linderas a las que sus amigos pensaban regalarle).

Si bien se mostró muy cortés, el ingeniero Quiroz, un treintañero de rostro sonrosado, no quiso confirmar ni desmentir nada.

Pero en Tenancingo abundan las personas dispuestas a dar su testimonio. Por ejemplo, la señora María de la Gracia Guerrero, una coqueta septuagenaria de lentes redondos y pelo blanco, contó que las tierras del rancho *Guadalupe* pertenecieron mucho tiempo atrás a doña Lupita Vides viuda de Salgado, miembro de una familia que antes de las expropiaciones del sexenio de Lázaro Cárdenas había sido propietaria de grandes extensiones en el valle de Tenancingo.

La viuda de Salgado vendió el rancho al profesor Arturo Santiago Moret, director de la escuela Normal de Tenería, erigida en aquellos tiempos cerca de las tierras en cuestión; y hace como 30 años Moret vendió a su vez los terrenos a un señor Mendoza, ya fallecido, uno de cuyos 8 hijos, Fernando, se hizo cargo de la explotación del predio.

Fernando Mendoza tiene ahora 54 años de edad y es un hombre alto, delgado, de tez blanca y barba partida. Es empleado de un molino de malta, fue presidente municipal de Tenancingo entre 1970 y 1973 y es un vecino respetado por sus actividades en bien de la comunidad. Actualmente preside el comité pro introducción del agua potable.

Don Fernando me dijo que, sin la ayuda de sus hermanos, a él se le hacía muy duro trabajar el rancho, que le producía poco, sin abandonar su empleo en el molino, del cual vive. Así y todo, por años cultivó maíz y frijol y mantuvo algunas vacas lecheras. En 1979 se le presentó un licenciado Francisco Sánchez Cadena, un cuarentón chaparrito, originario de Guerrero, y le ofreció comprarle las tierras por cuenta de unos clientes cuya identidad el abogado no reveló.

—Ahora se hace así, es lo moderno —explicó Mendoza—; en vez de firmar escrituras uno sólo suscribe un amplio poder, de modo que el vendedor nunca llega a saber con certidumbre a quién le vendió la propiedad.

Mendoza no quiere decir cuánto cobró por sus tierras, sino sólo que el producto de la venta se lo repartieron entre los 8 hermanos. En Tenancingo dicen que el precio fue de 7 millones de pesos (al rancho *Guadalupe*, con

todas las mejoras que le han introducido, se le asigna un valor de 60 millones; Mendoza sólo vendió 45 hectáreas, y ahora la propiedad abarca unas 60, incluyendo las extensiones que supuestamente adquirió el presidente de su propio peculio y de otros vendedores).

INGENIO Y FATALIDAD

Fuentes del ayuntamiento dijeron que el "grupo de amigos" a que aludió López Portillo en su carta de renuncia al obsequio estuvo encabezado por Román Ferrat Solá, entonces director de Hacienda del estado de México, quien quería congraciarse para obtener la candidatura a gobernador de la entidad; y por el vecino de Tenancingo Crescencio Ballesteros, dueño de un rancho en las inmediaciones y presidente de *Mexicana de Aviación*. Ni uno ni otro se apresuraron a confirmar o desmentir la versión; pero se supo que uno de los arquitectos que diseñó la remodelación del rancho fue un yerno de Ballesteros, Miguel José Icaza; y que en meses pasados hubo inspectores de Hacienda que recorrieron Tenancingo para solicitar a los comerciantes cooperaciones de entre 10 000 y 20 000 pesos (la mayoría accedió, en parte porque no conviene contrariar a un inspector de Hacienda, y en parte porque de verdad les agradaba la idea de tener a López Portillo por vecino).

A Ferrat se le frustraron las ambiciones políticas. Según versión muy difundida, en su familia hubo un trágico accidente que involucró la muerte de un muchacho y trajo responsabilidades penales sobre otro, y el PRI no quiso exponerse a que el incidente saliera a relucir durante la campaña electoral.

Aseguran en Tenancingo que nada más por molestar (y privarlos de un vecino influyente), los de Santa Ana, haciéndose pasar como tenancinguenses, hicieron llamadas a nombre de una tal Angela Rivera (no parece haber en Tenancingo persona de tal nombre) al programa *Dígalo sin miedo* de la radioemisora capitalina XEW, quejándose de que López Portillo gozara en la región de riquezas tan extravagantes mientras los campesinos padecían por falta de agua. Y que así empezaron a circular los rumores que al fin, recogidos por el columnista Miguel Angel Granados Chapa en *Uno más uno*, provocaron la renuncia del presidente al regalo.

En septiembre pasado, sobre López Portillo llovían proposiciones de vecinos de Tenancingo y de muchos otros lugares de la república: le ofrecían tierras, residencias y hasta la organización de colectas para comprarle una casa por suscripción popular. Unos tenancinguenses quieren venderle otras tierras a precio muy reducido, para ya no provocar críticas y de todos modos dotar al mandatario de un buen lugar de retiro para cuando le llegue la hora de convertirse en el mejor ex presidente de México.